

Lo que se ve y lo que no se ve II:

La división del trabajo

*Por Cecilia G. de Vázquez Ger**

Vamos a dedicar unas líneas al tema de la división del trabajo. Es que hablar de la escasez lleva necesariamente a reflexionar sobre ese fenómeno cuasi natural que se va dando en la evolución de las relaciones humanas cuando aparece el fenómeno de la especialización, desde sus comienzos más lejanos y sencillos.

Hubo una época en la que el hombre se proveía de todo lo necesario para su vida, sin embargo, aún entonces, las familias y las tribus se organizaban bajo el signo de la división del trabajo. No fue el resultado de una elucubración teórica, sino el natural reconocimiento de algo que es a fin con esa sociabilidad natural del hombre que necesariamente conduce al reconocimiento de las bondades de la cooperación social. El aprendizaje social es sin embargo, un largo proceso de aprendizaje personal que permite al hombre adueñarse de una libertad para el bien. La historia de la humanidad está signada por ese largo recorrido en el que el ser humano aprende las bondades de la paz y reconoce que es ella una condición indispensable para el bien propio y de la comunidad. Es en esta larga evolución en la que el hombre aprende que “La sociedad es división de trabajo y combinación de esfuerzo”, como dirá el gran economista Ludwig von Mises en su tratado de Economía, *La Acción Humana*.

El hombre descubre que el trabajo con otros y para otros, le permitirá acceder a una cantidad de bienes que cubrirán necesidades que de otro modo, quedarían insatisfechas. El intercambio es así el canal por el cual la división del trabajo, encuentra su sentido y encausa su potencialidad: aumentar la productividad propia y del grupo, generando una muy sana interdependencia social. El hombre no fue creado para la auto suficiencia, sino para descubrir la mutua suficiencia como la experiencia humana por excelencia, que empieza en el tu de la familia y se extiende a la infinidad de tus en la sociedad. La inteligencia humana pronto iluminó el sendero por donde transitan naturalmente las ventajas de la vida en sociedad, la cooperación y asociación entre las personas. Como señala Mises, “El principio de la división del trabajo es uno de los grandes motores que impulsan el desarrollo del mundo imponiendo fecunda evolución”, pero este proceso de los unos con los otros, demanda una condición básica por excelencia: la paz social elemento esencial para una sana evolución del orden social. La cooperación social fruto de la división del trabajo tiene como exigencia básica el que existan condiciones de vida tales que el

intercambio cultural y por lo tanto económico, permita el florecimiento de la creatividad humana y el bienestar de las personas.

Es entonces cuando concebimos al estado, como aquella institución que deberá proveer y velar por las condiciones que permitan la coexistencia pacífica a través, si es necesario, del “aparato de coerción y compulsión social” como señala Mises, función por excelencia que deberá cumplir siempre que los violentos quieran alterar el orden en una sociedad.

La evolución de los lazos sociales, fue enseñando al hombre las ventajas de esa distribución de funciones y actividades implicadas. Si miramos a nuestro alrededor, y más allá, lo primero que nos sorprende es ver esa increíble distribución de recursos humanos y naturales. Diferentes talentos, habilidades, inteligencias, naturalezas, climas, lenguas, y un sinfín de bondades todas llamadas a algo, creadas para algo. Sin embargo, sólo el hombre con su inteligencia co creadora, tiene el atributo de asignar valor cuando asocia el objeto útil a una necesidad insatisfecha, convirtiéndolo en un bien. Cuando vemos así poblado el mundo, es más sencilla inferir la necesidad de la división del trabajo para cumplimentar con ese mandato divino, de crecer, multiplicarnos y dominar la tierra... y algo más superar la pobreza.

Así unos desarrollarán algunas tareas frente a otras, con mejores resultados. Cuando esto ocurre libremente, o sea, cuando no hay impedimento para que los seres humanos puedan elegir lo que reconocen como ventajas propias, se da naturalmente una primera condición que disparadora natural del sistema de la división del trabajo. El hombre se asociará por afinidades personales, y aprovechará su entorno, hoy tan globalizado, para proyectarse hacia el otro en una fructífera obra creadora. Claro está muchas veces no nos gusta lo que el hombre elige hacer, pero eso es otra inevitable cuestión propia de la naturaleza humana, el error y el pecado.

Es curioso como frente al argumento de la “igualdad” que tanto se esgrime hoy para diferentes temas del orden social, se olvida que un principio que funda ese orden social, es la diferencia. Diferentes sexos, diferentes talentos, diferentes recursos, diferentes inteligencias, ... de esa diversidad nace la posibilidad del encuentro entre los seres humanos y por lo tanto el surgimiento de una creatividad creadora de lo nuevo y continuadora de lo bueno. Una creatividad que continua con el nunca acabado proceso creador, y que se hace co creadora del Creador. Es esa diversidad la que permite el proceso de división del trabajo y es la inteligencia humana capaz de reconocer las bondades de la creación, la que descubre estas realidades y puede capitalizarla para superar las dificultades y amenazas propias de la vida humana.

Uno de los grandes logros humanos ocurre cuando el hombre advierte que gran parte de lo que quiere hacer, requiere de más manos y más genios, y confirma así ese natural llamado al otro. Fuimos creados para ser con otros y estar con otros, y de ese vínculo y trama de vínculos nace el orden social por el que tanto hemos de velar,

dada la vital importancia del mismo para el desarrollo de la persona humana y su dignidad.

Dijimos que la división del trabajo produce un aumento de productividad, esto significa, que cuando las personas comienzan a especializarse, aprenden a cuidar mejor todos los recursos y por lo tanto, comienza un proceso de eficiencia que deriva en una mayor producción de los bienes que todos producen con el consecuente abaratamiento de costos. Esto libera recursos individuales para aumentar la demanda de otros bienes, que a su vez son producidos por otros que se están especializando en nuevos bienes. Este proceso creciente, en condiciones institucionales adecuadas (esto es, libertad para entrar y salir de los mercados, libertad para que el sistema social genere precios, libertad para todas las iniciativas que se deseen encarar, etc.), permitirá un creciente desarrollo de los mercados.

El economista inglés del siglo XIX, David Ricardo al analizar el tema de las ventajas comparativas, nos enseñó que cada uno deberá producir *en condiciones apropiadas*, aquello para lo cual resulta ser más eficiente, dejando las actividades en las que su eficiencia es menor para aquellos cuya eficiencia es mayor. Es muy simple, se da una distribución de actividades según sea la dotación de recursos humanos y naturales disponibles en cada lugar y tiempo.

Sin embargo, se puede dar el caso en el que una persona, o grupo o zona geográfica, esté mejor dotada para realizar toda actividad respecto a otro u otros. En este caso sostiene Ricardo, será mejor que este sector se dedique a producir aquello en lo que tiene mayor productividad y deje al otro sector aquello para lo que tiene menor productividad aunque sea mayor a la que tiene el otro sector. Mirémoslo así: cuando existen ventajas absolutas, esto es cuando una persona tiene una mayor productividad en todo lo que puede hacer, deberá considerar que todo esto se produce en un tiempo limitado, y por lo tanto, producir todo implica repartir las diferentes ventajas absolutas en el tiempo, lo que implica que para producir lo segundo o tercero, habrá de posponer algo de lo primero. En otras palabras, el costo de oportunidad de producir el segundo o tercer bien en la escala de productividad, es el primer bien, que a su vez tiene un ingreso esperado mayor, por lo tanto, aunque existen ventajas absolutas, será mejor producir sólo aquello en lo que es mayor su ingreso esperado.

Para concluir recordemos lo siguiente: La división del trabajo aumenta la productividad, la creatividad, la dependencia social, el intercambio, el bienestar el encuentro y la comunicación entre los pueblos. Requiere dos condiciones esenciales para aumentar el bienestar que produce: mayor apertura y paz social. Y todo se resume en un concepto: cooperación social. Empezar a comprender estas sencillísimas verdades de la relación entre los pueblos, es una de las claves por las

que se debe transitar para confirmar los pasos por dónde una sociedad que quiere crecer, debe ir. Crecer implica reconocer algunas verdades fundamentales; negarlas frena el proceso. Y como siempre recordemos: Hay que volver al principio, a las primeras clases, a lo que no se ve: allí sigue viva la verdad que nos dirá por dónde seguir.

Recomendamos la lectura del capítulo 8 de La Acción Humana, La sociedad humana, de L. von Mises

* Directora Ejecutiva del Instituto Acton Argentina